

CLASES SOCIALES Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA

PERSPECTIVAS Y REALIDADES

FERNANDO CALDERON / ELIZABETH JELIN

(CLACSO, Argentina)

(CEDES, Argentina)

INTRODUCCION

El análisis de las clases sociales y los movimientos sociales en América Latina necesita un anclaje histórico. Hacia el resto del mundo, quizás los acontecimientos y personajes que más permanezcan como puntos de referencia histórica de la región en la primera mitad del siglo veinte sean la revolución mexicana y luego Cárdenas, Vargas en Brasil, Haya de la Torre en Perú, Perón en Argentina, la revolución boliviana de 1952. Lo demás es más reciente, es parte de un presente que se extiende en el tiempo: la revolución cubana, Allende en Chile, los autoritarismos de los setenta, la frágil democracia proyectándose hacia el futuro.

Conviene entonces comenzar este análisis a partir de ese complejo fenómeno, peculiar de la región —aunque con variaciones importantes entre casos concretos— que fue el populismo representado por los hechos y personajes históricos mencionados. No para caracterizarlo en detalle o entrar en la polémica explicativa, cosa que en gran medida ya es tarea cumplida por otros, sino para señalar algunas presencias importantes y algunos vacíos que claman por ser llenados en el estudio de las clases subalternas y los movimientos sociales en ese fenómeno de la historia latinoamericana. Y a partir de ese anclaje histórico, seguir hacia el presente.

Pero antes, algunas notas sobre los rasgos básicos de las sociedades latinoamericanas y sus Estados, que constituyen el contexto histórico-estructural (para usar una expresión tan asociada con un modo latinoamericano de aproximarse a los fenómenos socio-políticos) de los procesos que vamos a estudiar.

La crisis del modelo de organización económico-social agroexportador a partir de la década del treinta dio lugar a profundos procesos de transformación económica y social en los principales países de la región: la urbanización y las migraciones internas, la industrialización, la creación del mercado interno, la modernización, el desarrollo de grupos y clases basados en intereses urbanos y su creciente papel en el rumbo de la política. Estos procesos de transformación de la estructura social no fueron suaves o graduales, sino producto y, al mismo tiempo, germen de enfrentamientos y conflictos sociales y políticos de importancia. En todos ellos, sin embargo, se manifiesta una característica especial: una notoria y temprana presencia del Estado como actor social. En efecto, resulta difícil hablar en América Latina de un Estado que solamente refleja la conflictualidad social; antes bien, estamos en presencia de un Estado que, a través de su gestión, tiene un papel determinante en la propia conformación de los intereses económicos y los actores socio-políticos. Además de "producto", fue desde muy temprano un Estado "productor" de sociedad. La contrapartida de esta fuerte presencia del Estado es una relativa lentitud en el proceso de formación de clases sociales, en su manifestación como actores colectivos o como fuerzas sociales, en su presencia —con autonomía e identidad clara— en el escenario de la historia.

Esta caracterización estructural no significa que estemos en presencia de Estados todopoderosos y sociedades inexistentes, silenciosas. Sería mejor pensar en que América

Latina es una región donde los procesos de lucha, la conflictualidad asociada a los procesos de transformación, se manifestaron mucho más como conflictos *dentro* del Estado que como luchas estrictamente sociales. El escenario de la acción fue más a menudo el interior del Estado que la sociedad.

Estos rasgos, sin embargo, fueron exagerados y llevados a su expresión más pura en los análisis e interpretaciones de las ciencias sociales. Como si en América Latina no hubiera existido sociedad: sólo procesos económicos y aparatos políticos, pero además, desconectados entre sí. Como señala Touraine:

La desvinculación del enfoque economista y de la interpretación de los actores político-ideológico no deja espacio para conceptos sociológicos intermedios, en particular para las categorías que describan relaciones entre actores y actuaciones sociales. (Touraine, 1987: 3).

Es precisamente en ese nivel intermedio en que intentamos ubicar este trabajo.

MOVIMIENTOS SOCIALES, POLITICA Y SOCIEDAD EN LA AMERICA LATINA DE LOS OCHENTA

La caída del presidente Allende simboliza, quizás con mayor fuerza que otros procesos políticos de la región, la pérdida de proyección histórica de los movimientos sociales de orientación industrial totalizante. Si revisamos las perspectivas y la fuerza real de los movimientos sociales en Latinoamérica que pretendían modelos nacionales independientes o transformaciones clasistas acabadas (sea de la burguesía industrial, sea del proletariado y sus aliados), probablemente concluyamos, como varios textos de la bibliografía citada, que estas orientaciones y prácticas han ido perdiendo progresivamente su impulso vital. Paralelamente, es posible distinguir en los últimos quince años, la emergencia de nuevos actores sociales y nuevas prácticas colectivas, tanto en el seno de los movimientos sociales clásicos (obrero-campesino), como en el desarrollo de nuevos movimientos de género, generacionales, urbanos, étnicos, de derechos humanos, etc., que no llegan a plantearse metas ni acciones holísticas.

En el plano de las interpretaciones, en los primeros años de la década de los setenta se comenzó a dar el pasaje de una conceptualización estructural totalizante de las clases sociales, al estudio de actores específicos y problemáticas sectoriales. El estado del debate teórico en la región en ese momento se refleja en la conferencia y posterior publicación del libro *Las clases sociales en América Latina*, patrocinado por la UNAM (1973). Los ensayos teóricos (de Poulantzas, Touraine y Fernandes) son ampliamente discutidos por varios autores, que traen a la luz casos concretos y especificidades históricas. Este fue un intento de plantear la temática de las clases sociales de manera universalista a partir de un diálogo entre europeos y latinoamericanos, dentro de una perspectiva marxista. El resultado fue un contraste entre explicaciones teóricas generalizantes y análisis históricos y sectoriales específicos, sin el establecimiento de puentes y mediaciones entre ellos. Quizás fue el último intento de lograr una visión universalista de las clases sociales, en el cual no se encuentra la presencia de la dinámica social a través del análisis de los movimientos sociales.

Dentro de la multiplicidad y el aparente caos en la bibliografía sobre el tema, es posible ubicar algunos hitos que permiten ordenar la heterogeneidad y variedad del campo. En primer lugar, la confrontación entre la tradición marxista y la funcionalista

en sus versiones latinoamericanas se vio fuertemente influida y transformada por la presencia de los trabajos de A. Touraine, en Chile primero y en el resto de la región después. Tanto sus estudios concretos como la producción teórica ligada a la región han dado un impulso fundamental en el estudio de los movimientos sociales (di Tella et. al., 1977; Touraine, 1976; Touraine 1974, entre otros).

A partir de comienzos de los setenta, cabe mencionar dos líneas de desarrollo temático en este campo, basadas en experiencias colaborativas en la región: los estudios sobre el movimiento obrero, cuyo eje articulador fue el *Grupo de Trabajo sobre Movimientos Laborales* (luego Comisión) de CLACSO creado en 1972, y los estudios sobre movimientos urbanos, que reconocen a Manuel Castells como figura de mayor influencia.

En efecto, dicho autor realizó tres tipos de estudios que permiten reconocer y visualizar un nuevo actor social, el urbano: los pobladores o "marginales". Estos análisis, y los que les siguieron, de alguna manera rompen las visiones monopólicas preexistentes en torno al movimiento obrero y campesino en la región.

En primer lugar, cobra especial relevancia un estudio teórico sobre el sistema urbano (Castells, 1976), que a la vez de criticar el enfoque funcionalista de la sociología urbana de la Escuela de Chicago, pretende, en una perspectiva marxista estructuralista, lograr una visión integral entre estructura y práctica social urbana. El concepto de reproducción de la fuerza de trabajo cumpliría el papel articulador en este enfoque.

En segundo lugar, los trabajos sobre urbanización dependiente y política urbana respecto del monopolio estatal en la reproducción de la fuerza de trabajo urbano, dan origen a una nueva forma de visualización latinoamericana de las oposiciones entre Estado y sociedad.

Finalmente, varios estudios empíricos sobre movimientos urbanos, especialmente sobre los pobladores en Chile, muestran un nuevo actor social que, con cierta especificidad, actúa en la escena urbana y reivindica nuevos órdenes de organización socio-espacial. Más adelante, el desarrollo del área permite al autor y a otros hacer hincapié en los movimientos sociales como actores autónomos, constructores de historia y sociedad.

En cuanto al área laboral, los diversos seminarios y reuniones se plasmaron en el volumen editado por Kaztman y Reyna (1977), en el número de la *Revista Mexicana de Sociología* (Vol. 40, No. 2, 1978) y, más recientemente, en varios proyectos comparativos sobre el tema (reseñados en *David y Goliat*, 1980, No. 38-39 y *David y Goliat*, 1985, No. 48). En un comienzo, el movimiento obrero fue visto en el contexto de la inserción productiva de los trabajadores, en tanto expresión organizada de la clase (Kaztman y Reyna, 1979). Pero también, desde muy temprano, fue objeto de reflexión su conformación como actor sociopolítico frente (o integrado) al Estado. Estas visiones más "economicistas", por un lado, y "politicistas", por el otro, se han ido enriqueciendo con elementos más específicos del campo de las relaciones sociales, tanto en el análisis de la dinámica interna al sindicalismo —temas como la relación entre movimiento sindical y orientaciones obreras; la dinámica sindical de categorías sociales específicas, como las mujeres— como en su vinculación con otros movimientos y actores sociales. En la década de los ochenta, los análisis en este campo parten de los dos desafíos centrales para el movimiento obrero de la región: el enfrentamiento de la crisis económica y el desafío de los procesos de transición y consolidación de la democracia. Las tensiones entre un sindicalismo de confrontación o de concertación parecen ser, en este momento, el eje de los dilemas del movimiento obrero frente a la crisis (Comisión de Movimientos Laborales, 1986).

Tanto los estudios sobre el movimiento laboral como sobre los movimientos urbanos se multiplicaron en la década posterior. Y a éstos se agregaron los referidos a otras áreas

de acción y de formación de actores colectivos: las mujeres, los jóvenes, los derechos humanos, los movimientos regionales, etc. En el plano analítico estos estudios se orientan hacia la incorporación de dimensiones culturales y sociales al análisis, antes tan centrado en la primacía de lo político o lo económico.

a) PERSPECTIVA ANALITICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA

Una característica propia de América Latina es que en ella no existen movimientos sociales puros o claramente definidos, dada la multidimensionalidad no sólo de las relaciones sociales, sino también de los mismos sentidos de la acción colectiva; por ejemplo, un movimiento de orientación clasista probablemente esté acompañado por sentidos étnicos y de género que lo diferencian y asimilan a otros movimientos de orientación culturalista con contenidos clasistas. Así, los movimientos sociales se ven nutridos por múltiples energías, que incluyen en su constitución desde formas orgánicas de acción social por el control del sistema político y cultural, hasta modos de transformación y participación cotidiana de autoproducción societal (Calderón, 1986).

En términos generales, la dinámica de los movimientos sociales tiene como referencias fundamentales cuatro campos de desarrollo.

En primer lugar, todo movimiento social posee una estructura participativa, como consecuencia de su propio objeto y experiencia de organización y lucha. Las formas, los niveles y los tipos de participación en un movimiento definen en gran medida la fortaleza de las metas de éste. Un aspecto central es que el carácter piramidal o restringido de la participación o, alternativamente, sus formas democráticas y abiertas, no resultan independientes de los contenidos mismos de las luchas del movimiento. Aquí la problemática de la "pequeña política" o de la cotidianidad vivencial del movimiento cobran especial importancia.

En segundo lugar, todo movimiento social tiene su propia temporalidad, en gran medida definida por su acción frente al sistema de relaciones históricas. Por lo tanto, aunque todo movimiento posee su propia continuidad histórica y su cotidiana vivencia existencial, los momentos de crisis y conflicto agudo son los que definen su cualidad. De esta manera, la combinación del "tiempo" diacrónico y sincrónico del movimiento son fundamentales para su comprensión.

Aquí, la visualización de la actual crisis latinoamericana y nacional cobra una importancia vital en la medida en que, en sus múltiples expresiones y sentidos, está presente en las vivencias y acciones de los movimientos sociales, sobre todo si asumimos que éstos son portadores en alguna medida —aunque potencialmente— de un nuevo orden social, demandantes de un "nuevo modelo" de desarrollo económico y de una cierta visión política del conjunto de la sociedad. Claro está que esto no niega que el cambio depende también de las relaciones económicas endógenas a la sociedad.

En tercer lugar, los movimientos sociales se desarrollan en forma multilateral y heterogénea en el espacio, en función del desarrollo desigual de la conciencia, la organización y la economía de una localidad o región determinada. Por ejemplo, un movimiento social de derechos humanos puede llegar a tener características y significados distintos en diversos contextos geográficos. Aunque ellos puedan plantearse, los movimientos sociales no tienen fines predeterminados, sino que los redefinen en el propio conflicto.

Un último elemento global que debe tomarse en cuenta para el estudio de las prácticas colectivas es el relativo a los efectos sociales específicos de estos movimientos sobre las relaciones sociales y sobre la sociedad, pero no solamente como el producto de la acción

del sujeto, sino muy especialmente como producto de un campo de conflicto donde los actores involucrados en la acción se modifican a sí mismos por la interacción recíproca y compartida para obtener un fin, para lograr una meta. Esta relación es la que puede introducir modificaciones específicas y generales en la sociedad, tanto en términos de transformaciones en las relaciones de poder como de efectos específicos sobre determinados órdenes sociales. Pero también los movimientos sociales pueden introducir, sobre la base de las relaciones sociales que los recrean, culturas cotidianas de un nuevo orden que modifica la vida de los hombres: hábitos, costumbres, valores, etc.

En un reciente trabajo, T. Evers (1984) plantea algunas ideas importantes para la reflexión sobre los movimientos sociales: que las ciencias sociales latinoamericanas, preocupadas desde siempre por el poder y la voluntad de transformación política, estuvieron mirando la realidad de los movimientos sociales en nuestros países demasiado centradas en cuestiones de poder. Desde la perspectiva de la transformación política, las expresiones colectivas no institucionalizadas de los sectores populares fueron interpretadas como protestas pre-políticas, o como embriones de participación popular a ser encauzadas por un partido-vanguardia. El reconocimiento de que estas manifestaciones colectivas no pueden ser fácilmente incorporadas a un partido revolucionario llevó a una primera reinterpretación de su sentido político: por un lado, los que se ocuparon de señalar su carácter limitado, reaccionario o reformista; por el otro, los que, perplejos, comenzaron a reconocer la urgencia de mirar más profundamente en el interior de esos movimientos, para poder así descubrir, sin preconcepciones, sus potencialidades y limitaciones, contextualizadas históricamente.

Es en esta nueva orientación que se empieza a identificar a los movimientos sociales con las "nuevas formas de hacer política". En efecto, sin embargo, el tema del poder sigue siendo el ordenador del pensamiento interpretativo. A diferencia de Evers, quizás sea hora de repensar los movimientos sociales desde otra perspectiva: no se trataría solamente de nuevas formas de hacer política, sino de nuevas formas de relaciones y de organización social; lo que se estaría transformando o engendrando es una sociedad, más que una política nueva.

El significado e interés analítico de los movimientos sociales reside en buscar en ellos evidencias de transformación profunda de la lógica social. Lo que está en cuestión es una nueva forma de hacer política y una nueva forma de sociabilidad. Pero, más profundamente, lo que se intuye es una nueva manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada, en la cual las prácticas sociales cotidianas se incluyen junto a, y en directa interacción con, lo ideológico y lo institucional-político. La pregunta que surge de inmediato, imposible de responder a ciencia cierta, es si se trata de una "nueva realidad" o si la vida social siempre fue así, y sólo nosotros, ciegos por el peso de los paradigmas dominantes, no la estábamos viendo.

Lo importante, en este momento del desarrollo de nuestro conocimiento, es reconocer el campo abierto y —por qué no— reflexionar sobre las condiciones de la vida social y política. No cabe duda de que, por lo menos en el Cono Sur, la ofensiva ideológica y represiva de los regímenes autoritarios tuvo efectos importantes en las redefiniciones de la relación entre lo público y lo privado, así como en la perspectiva interpretativa de las ciencias sociales. Citando a Lechner:

Lo que ocurre es un traslado de lo público a lo social. Lo público es reinterpretado *qua* público consumidor ... La constitución del sujeto ya no remite al ciudadano, sino al consumidor ... El ámbito privado deja de ser una protección de la individualidad y es incorporado a la publicidad del mercado (Lechner, 1982, pp. 21-23).

Además, al transformar las condiciones de vida y de acción de los propios investigadores, éstos, al igual que el resto de la población pero con más conciencia crítica, incorporan en su propio pensamiento la cotidianidad:

El desplazamiento del ámbito público y la trivialidad del discurso político oficial dirigen la atención hacia la vida cotidiana ... En la medida en que la rutinas —lo normal y natural— se vuelven problemáticas, aumenta la complejidad del diario vivir ... La pérdida de certidumbre y el incremento de las decisiones obligadas se suman generando una experiencia dolorosa (Lechner, 1982, pp. 24).

Por supuesto, estos desarrollos no son exclusivos del trabajo intelectual bajo regímenes autoritarios. La incorporación de la cotidianidad como área de reflexión e investigación en la cual se condensan y manifiestan de manera compleja las estructuras y mecanismos del funcionamiento político-social; la consideración de la subjetividad de los actores y de los investigadores; el análisis de la política y de las prácticas colectivas, deben ser contados como desarrollos importantes del corpus de las ciencias sociales a nivel internacional. Infiere en esto la revisión de nuestro saber que, desde el feminismo, plantea el reconocimiento de la dimensión política de lo personal y la relectura de la familia como ámbito social-político-público (Jelín, 1984).

Este es el espacio intelectual privilegiado en el que encontramos a los movimientos sociales en proceso de formación. En la espontaneidad, no institucionalización, ambigüedad de demandas, sentidos contradictorios y multifacéticos, acción y práctica colectivas más que propuestas ideológicas o aparatos institucionales. Es el investigador quien propone la lectura de estas prácticas como movimiento social, sobre la base de una operación analítica a partir de la interpretación de su inserción en el contexto socio-político y de su desarrollo en el tiempo. O sea, la labor del investigador es la búsqueda del sentido de una práctica colectiva, sentido que obviamente está anclado en la conceptualización de los propios sujetos, pero que va más allá de la misma.

Estos movimientos aparecen en América Latina en el marco de una crisis, muy heterogénea y vasta, pues expresa el agotamiento de los modelos de desarrollo capitalista. En este sentido, las preguntas globales que cabe hacer, aunque no podamos darles respuesta cabal en este momento, apuntan a indagar en qué medida es posible pensar en un modelo teórico global de la acción social en la región, a partir de la fragmentación y de la heterogeneidad de los movimientos sociales. ¿Cómo se definen los diferentes campos de conflicto? ¿Qué orientaciones están en pugna y qué tendencias de articulación en el plano nacional y regional es posible prever? En términos más globales, ¿estamos frente a la generación de un nuevo sistema de acción histórica? ¿Implica esto la creación de sujetos con capacidad globalizante por la vía de la resignificación simbólica de identidades comunes a partir del reconocimiento de las diferencias? ¿O más bien entraremos en una fase gris de racionalización de la acción social? (Touraine, 1984).

b) ÁREAS TEMÁTICAS EN LOS OCHENTA

La revisión de la literatura reciente indica que en América Latina hubo una proliferación de estudios de casos de luchas y de procesos de gestación de nuevas formas de acción colectiva —con la pregunta, implícita o explícita, de si se está en presencia de un proceso de formación de nuevos actores sociales o históricos. Si bien no vamos a reseñar toda esta literatura, basta señalar algunos campos de conflicto donde esta formación de actores es visible, y las tendencias temporales de su desarrollo.

La condición obrera. El panorama del movimiento sindical muestra de alguna manera un comportamiento obrero bastante diverso, cuyas orientaciones dependen de las condiciones sociales de trabajo y de la situación política nacional. Incluso en los casos específicos son fácilmente perceptibles fuertes diferencias y oposiciones entre orientaciones e intereses sociales de diferentes líneas políticas, oposiciones entre direcciones y bases, oposiciones y ambivalencias al interior de un mismo sindicato, etc. En este sentido, las prácticas obreras en la mayoría de los casos son principalmente defensivas del puesto de trabajo, de los salarios y los beneficios sociales. Los efectos del estancamiento industrial o los procesos de desindustrialización parecen condicionar estos comportamientos y, posiblemente, a excepción relativa de la CUT brasileña, el movimiento obrero sudamericano pierde aparentemente centralidad en la política y en la economía latino-americanas, impugnando más a los gobiernos y a los ministerios de Trabajo que al capital, sea éste nacional o internacional; la dirección industrial de la sociedad no está en cuestión para los obreros.

Sin embargo, en estos espacios también es posible visualizar demandas de autonomía estatal, de independencia política partidaria y de democratización interna que probablemente reconecten al movimiento obrero, de manera muy distinta a la del pasado, con el sistema real de oposiciones capitalistas que empieza a vivir la región (Calderón, comp., 1986; Comisión de Movimientos Laborales, 1986).

Calidad de vida, consumos colectivos y movimientos urbanos. A grandes rasgos, al lado de las prácticas urbanas tradicionales e incluso dentro de ellas mismas, se han desarrollado recientemente cuatro formas de acción colectiva. La primera, de fortalecimiento de unidades productivas o reproductivas de pequeña escala: talleres artesanales, pequeños comercios, unidades o asociaciones de consumo, pequeñas unidades productivas diversificadas en espacios urbanos y/o rurales, etc., que de alguna manera buscan ideologías y formas de organización autogestionarias.

La segunda implica el desarrollo de distintas organizaciones sociales urbanas, juntas de vecinos, comités de abastecimiento, centros cívicos, etc., que generan demandas de descentralización barrial de las políticas y acciones municipales, y que en alguna medida sustentan reclamos de ejercicio del derecho ciudadano. Asimismo, en varias regiones y en distintos países comenzaron a organizarse, desde el ámbito urbano, luchas por la descentralización del Estado, en términos de obtención de mayores recursos económicos y políticos. En gran medida, los habitantes urbanos se han vuelto buscadores de un nuevo orden democrático en la "pequeña política".

La tercera consiste en demandas de renovación urbana, que implican tanto transformaciones en las relaciones socio-culturales habituales, como impugnaciones al orden espacial y ecológico de nuestras ciudades; en esta orientación resaltan movimientos para mejorar el cuadro de vida, protagonizados fundamentalmente por sectores medios.

Una cuarta acción colectiva se refiere a las luchas urbanas que se convierten en espacios de comunicación plurisocial y cultural entre diferentes grupos humanos, rompiendo la inmersión urbana del pasado; así, se escuchan demandas de alianzas de clases, solidaridad nacional y cultural, en un pequeño ambiente de resistencia callejera donde conviven variados grupos sociales, étnicos, etarios, etc. (Calderón, comp., 1986; *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 46, No. 4, 1984).

El campesinado. La tierra, el mercado y la organización campesina constituyen las demandas mínimas del mundo agrario. Pero también emergen intereses y orientaciones del campesinado que apuntan a incidir en espacios nacionales y políticos más amplios, conjugando a la vez orientaciones clasistas, nacionales y culturales. Dos hechos coexisten

en la región: la presencia de fuertes y organizadas confederaciones nacionales de campesinos con características autónomas, pero capaces de establecer compromisos con otras fuerzas sociales, compromisos a veces lábiles e insuficientes para constituir proyectos nacionales compartidos; por otra parte, organizaciones sociales campesinas atomizadas en sindicatos locales que aún persiguen de alguna manera procesos de unidad nacional. Tal vez un hecho que se destaca en la última década es la presencia, en varios países de la región, de organizaciones campesinas que van más allá de sus demandas clasistas y que a un mismo tiempo se estructuran en el rechazo a prácticas discriminatorias raciales, revalorizando a través de su memoria histórica prácticas vernáculas, para finalmente proyectarse como fuerzas culturales alternativas en las sociedades capitalistas criollo-mestizas.

Por otra parte, se destacan las demandas étnico-culturales, por una incorporación ciudadana y nacional a partir del reconocimiento de la identidad de los propios grupos discriminados. No obstante, debe indicarse que varios de los movimientos incluyen tensiones y demandas internas de carácter étnico-cultural, que probablemente constituyen elementos explicativos importantes de la acción colectiva analizada, elementos que hasta el momento han sido poco estudiados (Calderón, comp., 1986; Calderón y Dandler, 1986).

Los derechos humanos. Los movimientos de derechos humanos apelan, como principio aglutinador de su práctica política, a un sistema de valores fundamentales: la vida, la verdad, la justicia, planteando exigencias éticas de fundamentos humanitarios. Aunque su lógica es defensiva, su potencialidad reside en la capacidad de desnudar, desde una ética fundamentalista, la lógica de la dominación. Así, a partir de una estrategia defensiva, se va estructurando lentamente en la sociedad un gran consenso social, capaz de convocar a sectores muy amplios y heterogéneos, que cuestiona y descalifica la legalidad de la dominación dictatorial. Pero se trata en principio de prácticas expresivas, no instrumentales, que necesitan mantenerse equidistantes de todas las mediaciones políticas partidarias para poder seguir generando un amplio consenso.

Esta representatividad responde en parte a la existencia de un "vacío político" que, frente a la desmovilización popular, genera una utopía profundamente movilizadora y con un fuerte potencial democratizador. En efecto, en buena parte de la región, los movimientos de derechos humanos fueron la brecha por la cual comenzó a renacer el movimiento popular, recuperando la memoria histórica de las luchas populares, en la medida en que frente a un discurso dictatorial aniquilador de lo político, supieron generar una revalorización de aquellos valores de lucha que suele enarbolar la juventud; el proyecto de liberación y transformación social que los padres y familiares de los presos, perseguidos y desaparecidos asumen en una buena medida, sin declinar en ningún momento.

Los derechos humanos surgen junto con una revalorización de la democracia como construcción, no ya como algo dado y preexistente. Todos aquellos valores que eran obvios, y que conformaban algo así como un conjunto mínimo de normas éticas que se daban por sentadas y más allá de las cuales se dirigían las luchas políticas y sociales, han debido volver a ser reconstruidas, replanteadas y revalorizadas a partir de la experiencia de su violación sistemática por los gobiernos dictatoriales.

Así, aquellos valores (la democracia política, el respeto a las garantías constitucionales, el respeto a la vida humana, etc.) que en la Argentina de los años 60 carecían por completo de significado como demanda o consigna política para amplios sectores de la población juvenil y politizada, en los 80 fueron los únicos recursos que pudieron abrir una brecha en el oscurísimo panorama social y político nacional, que fueron capaces de aglutinar a las más diferentes capas de la sociedad, más allá de las múltiples identidades políticas.

Pero, ¿cuáles son los potenciales democratizadores de estos movimientos, y cuál será su papel en la próxima etapa democrática, una vez que el adversario más visible, el Estado autoritario-militar, haya cedido paso al gobierno democrático? Esta pregunta está todavía sin respuesta. En líneas generales, lo que puede decirse para el momento de la transición a la democracia es que los movimientos de derechos humanos han dejado pendiente su formulación positiva, concreta —ya no sólo fundamentalista y ética— de un proyecto político posible (Jelín, 1985; Calderón, comp., 1986).

El género. En la problemática de los movimientos de género cabe hacer una diferencia entre aquellos movimientos protagonizados principalmente por mujeres, pero que se estructuran alrededor de demandas muy diversas, como los derechos humanos, la calidad de vida, el consumo, la vivienda, la salud, etc., que podemos llamar movimientos “femeninos”, y aquellos otros que levantan consignas que se refieren a la problemática específica de la mujer, que llamaremos “feministas”. Esta distinción es analítica, porque frecuentemente ambas dimensiones se complementan y entremezclan al interior de una misma agrupación femenina.

Los primeros parecen ser una extensión activa, parcialmente politizada en el sentido más amplio de lo político, del ámbito de lo doméstico y del papel central que juegan las mujeres en las múltiples actividades reproductivas demandadas para el mantenimiento social. En etapas de cierre de los canales políticos, lo social se politiza; las demandas sociales adquieren potencialidades cada vez más cuestionadoras del orden político. Son formas de participación ancladas en los “roles tradicionales” femeninos, pero que al extenderse toman inusitadas connotaciones, capaces de cuestionar el orden global. En sus prácticas muestran una capacidad de democracia y participación internas que no son usuales en otras formas de organización política, tales como los partidos, los sindicatos, etc. Un pluralismo abierto, un apoliticismo explícito que intenta preservarse de toda heteronomía, son rasgos comunes de estos movimientos femeninos.

En ellos se lucha por derechos relativos a la familia, los niños, el bienestar de los hombres y las mujeres de los sectores populares: derechos al consumo, derechos de ciudadanos, derechos a la salud y a la vivienda. Surgen en gran parte como respuesta a la crisis, al subconsumo, al desempleo, y son protagonizados por mujeres de extracción fundamentalmente popular, aunque muchas veces ostenten un amplio policlasismo.

Las segundas, las luchas femeninas que encaran el problema de la mujer, no responden puntualmente a la crisis, sino que pueden rastrearse desde el siglo pasado y principios de éste, desde aquellas primeras sufragistas cuya lucha era obtener para las mujeres una participación plena en los derechos de ciudadanía, y continúan ininterrumpidamente, pero con flujos y reflujo, hasta las actuales organizaciones feministas que reivindican el derecho sobre el propio cuerpo (anticoncepción, aborto, la maternidad voluntaria), la igualdad de oportunidades, de remuneraciones, y que cada vez más hacen de la cultura su campo de lucha privilegiado.

En general, por el nivel de abstracción de sus demandas, éstas no surgen directamente de situaciones puntuales de crisis, sino que son demandas permeadas culturalmente a nivel internacional, demandas que históricamente han fluido desde los países desarrollados hacia los subdesarrollados, y desde las clases altas y medias hacia las clases bajas. Cada vez más, sus reivindicaciones encuentran eco en las mujeres de los sectores populares, y muchas veces organizaciones “femeninas” evolucionan hacia reivindicaciones “feministas”.

Siendo su campo de batalla principal la cultura y la ideología, los movimientos feministas contienen la potencialidad de cuestionar el orden social de una manera global, orden

definido muchas veces por ellas como el binomio modo de producción capitalista/patriarcado, cuyos términos son mutuamente interdependientes y se refuerzan. Por ello, al cuestionar las prácticas y tendencias paternalistas en la sociedad, el feminismo ha encontrado un *cuño* capaz de profundizar en las fisuras del orden social y político existente (Jelin, 1987; Calderón, comp., 1986).

Los jóvenes. Una de las características comunes de varias de las sociedades latinoamericanas es la alta correspondencia entre las relaciones de poder y las estructuras etarias de la población, donde ingentes masas de jóvenes ven limitadas sus posibilidades de acceso al poder y la autoridad, al prestigio, a los beneficios económicos y al reconocimiento social; en suma, a la participación social. Esta tendencia se ha visto particularmente reforzada bajo regímenes dictatoriales, cuyas políticas no sólo suprimen los derechos ciudadanos de la juventud, sino que han hecho de ésta su víctima privilegiada. Lo joven solamente es valorizado cuando rinde tributo al orden y al poder.

Por otra parte, los comportamientos juveniles se hacen comprensibles en su referencia a las dimensiones simbólicas de la vida social. De alguna manera, la juventud se caracteriza por su tendencia hacia orientaciones fundamentalistas con arreglo a valores de orden más cultural que económico.

De esta manera, el mundo de los jóvenes queda conformado como un espacio de conductas desorganizadas y de crisis de identidad, donde la acción se propone reproducir aquellas conductas que la modernización quiso desterrar: las orientaciones hacia el placer inmediato, el refugio comunitario, la agresión.

Los movimientos juveniles en América Latina, a pesar de su origen en fenómenos estructurales e históricos similares —reflejo de la situación transicional que compete al joven en toda sociedad— tiene características nacionales bien diferenciadas. No obstante, expresiones tan disímiles como "*Morir, luchando, de hambre ni cagando*" (coreada por los jóvenes chilenos más radicalizados y que es un buen símbolo de la dimensión sacrificial del allendismo) y "... *el MEI es político pero no partidista y sectario porque interviene en toda política que afecte a la nación, sin entrometerse en las destructivas rivalidades de partido*" (parte de un "ideario" del MEI paraguayo) o "*Mi arma es la paz, mi partido es el rock y mi eterno fin es el amor*" (escrita por un rockero argentino en su mochila), son ejemplificadoras de movimientos sociales que indudablemente han sido, para amplios sectores juveniles, refugio, ámbito de resistencia y canal de participación en el contexto de una sociedad autoritaria, cerrada y en crisis (Calderón, comp., 1986: No. 29 *Revista CEPAL*).

La guerra y la política. Los movimientos de acción revolucionaria se caracterizan por su lucha contra el Estado y el sistema de dominación dependiente mediante la acción violenta. Allí, el campo del conflicto coincide con el campo de batalla; esto conlleva complejas connotaciones sociológicas.

Nadie puede negar la presencia de este tipo de acción en la historia de América Latina; sus orientaciones y sus formas concretas han sido muy variadas: republicanas, nacionalistas, socialistas, anarquistas y bandidismo social; sus formas de lucha han sido, entre otras, montoneras, republiquetas, guerrillas rurales, guerrillas urbanas y guerras de liberación nacional.

El problema consiste en detectar los distintos sentidos sociológicos de esta acción política y su viabilidad en los distintos contextos nacionales y regionales, puesto que varias veces han logrado transformaciones sociales y otras, las más, la consolidación o reemergencia de sistemas políticos altamente despóticos. Sin embargo, de alguna manera

se autodefinen como los sujetos del cambio, que arrastran tras de sí al resto de la sociedad, monopolizando el Estado y la política (Calderón, comp., 1986; Sánchez de León, 1985).

LA TRANSICION EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Nuestra hipótesis central apuntó a señalar las transformaciones en la conformación de actores colectivos, registrando en las últimas décadas una pérdida de horizontes totalizantes, o si se quiere, una crisis de la historicidad industrialista y su reemplazo por una multiplicación de nuevas prácticas colectivas segmentadas.

No es posible explicar esta situación por la generación espontánea y voluntaria de nuevas y puntuales orientaciones de la acción. Existen otros factores importantes que ayudan a explicar por qué tiende a producirse esta especie de pérdida de horizontes totalizantes a los que hacíamos mención.

En términos de la 'sociedad global, es importante señalar las transformaciones en y de las relaciones sociales que se operaron en la región en los últimos treinta años. Fenómenos como los de la brutal transnacionalización de la economía, en términos productivos, distributivos y de consumo, han cambiado los patrones de interdependencia entre los países centrales y los periféricos: la actual crisis y los procesos de reestructuración capitalista no hacen más que profundizar las brechas entre el mundo del norte y los pueblos del sur. Los impactos de la revolución tecnológica, del sistema financiero internacional y de la nueva lógica del capital tienden a procesos de concentración del poder inéditos hasta ahora.

Los cambios en la estructura agraria, como el desarrollo industrial en varias esferas de la agricultura, la mercantilización de la economía campesina y los procesos de diferenciación campesina, nos indican las radicales modificaciones y transformaciones sufridas por la relación Hacienda-Comunidad, Hacienda-Minifundio. Por otra parte, la transformación en las estructuras territoriales nacionales, y sobre todo el acelerado proceso de urbanización, conjuntamente con las significativas transformaciones y ampliaciones de la acción del Estado en la sociedad y en la economía, dan cuenta de la fragmentación y creciente autonomía de las necesidades y demandas sociales. Pareciera que los nuevos procesos de diferenciación social lograron fragmentar las acciones colectivas.

En realidad, la crisis a la que aludimos significa la descomposición del modelo unificado entre el Estado-Nación, la industrialización económica y la modernización social. Podría decirse que en los últimos cuarenta años el modelo prácticamente no se modificó, mientras que la realidad lo hizo sustancialmente. Los cambios ocurridos fueron de tal envergadura que sorprendieron las expectativas propias del modelo. En su nueva situación y en sus novedosas prácticas la sociedad se encargó de cuestionar este paradigma industrial, ya sea en su versión popular, clasista o liberal.

Un segundo conjunto de factores es el referido a las implicaciones socioculturales de las políticas autoritarias en varios países de la región. Por una parte, la destrucción o limitación del sistema político y de los derechos ciudadanos provocaron cierto repliegue hacia la vida privada, promoviendo una valorización de las relaciones primarias y de los ámbitos de vida microsociales. Varios estudios empíricos dan cuenta de casos particulares. Por otra parte, estas políticas generaron un alto grado de incomunicación en el interior de la trama de las relaciones sociales y entre la sociedad y los partidos políticos, que por motivos represivos u otros, se fueron distanciando de la vida cotidiana. Precisamente cuando se abren los procesos de transición y de revalorización democrática, la vuelta a lo público se realiza sobre estas bases.

El cambio de las relaciones entre partidos políticos y movimientos sociales constituye un tercer factor de nuestra hipótesis explicativa. En el pasado, con el predominio de modelos partidarios clasistas o populistas, se buscaba dirigir y representar a las mayorías nacionales y, en nombre de ellas, elaborar programas o planes de acción y orientar su conducta. La misma competencia política estaba encerrada por esos parámetros. Hoy en día, los estudios de caso de movimientos sociales en Latinoamérica señalan repetidas veces que éstos cuestionan esa relación dependiente y subordinada frente a los partidos. Obviamente, esto no niega el ejercicio de la práctica partidaria en muchos países, sino que pone de relieve que la relación tiende a darse en otros términos. Más aún, habría que explorar si en aquellos países donde las acciones colectivas han sido muy importantes y autónomas, la presencia del sistema de partidos ha sido débil y, a la inversa, si donde el sistema partidario es fuerte las acciones colectivas de los nuevos movimientos sociales han sido poco significativas. En todas las situaciones, sin embargo, se constata un cuestionamiento constante del tipo de interrelación.

Es posible identificar por lo menos tres áreas recurrentes de este cuestionamiento. Una buena parte de los estudios realizados indica que los actores colectivos nuevos cuestionan el sistema de representación partidario. Preguntas como: *¿quiénes nos representan?*, *¿por qué nos representan?*, *¿para qué nos representan?* y *¿hacia dónde nos lleva esa representación?*, suelen apuntar a una crítica a la noción de representación formal o de vanguardia revolucionaria, representación de alguna manera percibida como elitista y generalmente referida a los sectores medios: intelectuales, burócratas, políticos, profesionales, etc. Desde luego, esta crítica no es ajena a experiencias históricas de intermediación ni a los efectos políticos que dichas prácticas implicaron. En todo caso, éste es un campo escasamente estudiado.

Otro nivel de cuestionamiento estaría relacionado con la visualización por parte de los actores sociales de una gran distancia entre las viejas y las nuevas demandas ciudadanas. Frente a demandas de creciente expansión social, se registraron débiles respuestas propositivas y procesadoras por parte de los partidos políticos. Temas como los de la mujer o los derechos humanos se situarían en este nivel.

Finalmente, en muchos casos los partidos son percibidos en su estructura organizacional como grupos cerrados y jerárquicos que, en su estructura interna, no reflejan la pluralidad de identidades o la heterogeneidad de las demandas sociales. La práctica del *prendi tutti*, dominante en la competencia electoral, reafirmaría esta visión. Por ejemplo, algunos estudios sobre la situación del movimiento obrero expresan la crítica acerca de la "sordera" de los partidos políticos para captar la nueva condición y las nuevas demandas de la clase obrera.

Y así, la pérdida de las orientaciones totalizantes, la descomposición del modelo nacional-estatal industrialista, las múltiples transformaciones socioculturales internas y externas a la región y los procesos de diferenciación social que los acompañaron, además de las nuevas connotaciones particularistas de la acción colectiva y el creciente distanciamiento entre movimientos sociales, partidos y Estado, constituyen los rasgos básicos sobre los cuales se desarrollaron las tensiones y las búsquedas de los nuevos movimientos sociales.

Esta situación, heterogénea y cambiante, puede ser vista como situación de transición. En los últimos años, numerosos estudios han ido contribuyendo desde distintos ángulos a la comprensión de este fenómeno. Sin embargo, lo que todavía no hay es una caracterización globalizante, unificada, de esta realidad segmentada y plural.

No obstante, es imprescindible relativizar estas tendencias según los procesos específicos de países y subregiones. Por ejemplo en Centroamérica, y más específicamente en

Nicaragua y El Salvador, persiste la temática de la revolución social y la liberación nacional. Pero incluso allí, según varios estudios recientes, están presentes los rasgos aquí señalados, como por ejemplo la valorización de la vida cotidiana, de los derechos humanos, de la religiosidad popular, de la democratización social, etc. (Coraggio, 1984; Camacho, comp., 1985).

Para finalizar, pensamos que América Latina, vista desde los movimientos sociales, está atravesando un momento de reconstitución que tiene dos elementos complementarios: la emergencia de nuevos actores y prácticas colectivas, donde la temática de las identidades culturales y los patrones de nuevas relaciones sociales se imbrican de manera compleja con la lucha por el poder y la hegemonía política, por un lado; por el otro, la transformación en las prácticas de los actores seculares y su vinculación con los nuevos. Esta reconstitución es paralela a un incipiente movimiento teórico colectivo que, a la vez de plantearse un esquema analítico para interpretar estos nuevos fenómenos, produce una relectura de las experiencias históricas del pasado.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Albo, Xavier. *Achacachi, medio siglo de luchas campesinas*. La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), 1979.
- Albo, Xavier. *Bodas de plata o réquiem por una Reforma Agraria*. La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), Cuadernos de investigación No. 15, 1979.
- Albo, Xavier. *Khutuxptansa: ¿quiénes somos?* La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), 1979.
- Almeida, M.H. Tavares de. "O sindicato no Brasil: novos problemas, velhas estruturas". *Debate e crítica*, 6, 1975.
- Almeida, M.H. Tavares de. "Desarrollo capitalista y acción sindical". *Revista Mexicana de Sociología* XL (2). 1978.
- Alonso, A. *El movimiento ferrocarrilero en México*. México: Era, 1972.
- Anguiano, A. *El Estado y la política obrera del cardenismo*. México: ERA, 1975.
- Antezana, Luis. "Congresos campesinos y estatuto orgánico de la Confederación Nacional de Trabajadores Campesinos (CNTCB)". La Paz: Consejo Nacional de la Reforma Agraria, 1968 (mimeo).
- Bartra, Roger. *Caciquismo y poder político en México*. México: Siglo XXI, 1975.
- Calderón, Fernando. "Los movimientos sociales frente a la crisis", en F. Calderón (comp.), 1986: 327-398.
- Calderón, Fernando. *La política en las calles: ciudad, desarrollo y Estado en Bolivia: 1952-1978*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES), 1982.
- Calderón, Fernando (comp.). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: Universidad de las Naciones Unidas (UNU); Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO); Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM); 1986.
- Calderón, Fernando y Jorge Dandler. "Movimientos campesinos y Estado en Bolivia", en F. Calderón y J. Dandler (comp.), *Bolivia, la fuerza histórica del campesinado*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES); Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD); 1986: 15-50.
- Camacho, Daniel y Rafael Menjivar. *Movimientos sociales en Centroamérica*. San José: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); Universidad de las Naciones Unidas (UNU); Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM); 1985.
- Cardoso, Fernando y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1969.
- Castells, Manuel. *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI, 1976.
- CEPAL. *América Latina: el pensamiento de la CEPAL*. Santiago: Universitaria, 1969.
- CLACSO. COMISION DE MOVIMIENTOS LABORALES. *El sindicalismo latinoamericano en los ochenta*. Santiago: CLACSO, 1986.
- Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo XXI, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
- Contreras, A.J. *México 1940: industrialización y crisis política*. México: Siglo XXI, 1977.
- Coraggio, José L. *Revolución y democracia en Nicaragua*. Managua: INIES, 1984.
- Dandler, Jorge. "Agricultura y Estado en Bolivia", en A. Eugene Havens et al. *El desarrollo de la agricultura, el Estado y procesos de acumulación en América Latina*. Quito: El Conejo, 1984.

- Delich, Francisco. *Crisis y protesta social. Córdoba 1969-1973*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.
- Di Tella, Torcuato. *El sistema político argentino y la clase obrera*. Buenos Aires: EUDEBA, 1964.
- Di Tella, Torcuato. "Populism and reform in Latin America". En Claudio Véliz (comp.), 1965. *Obstacles to change in Latin America*. Londres: Oxford University Press, 1965.
- Di Tella, Torcuato. *Clases sociales y estructuras políticas*. Buenos Aires: Paidós, 1974.
- Di Tella, T.; A. Touraine; J.D. Reynaud y L. Brams. *Sindicato y comunidad: dos tipos de estructura sindical latinoamericana*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1967.
- Doyon, Louise M. "Conflictos operativos durante el regime peronista, 1946-1955". *Estudios CEBRAP* 13. 1975: 79-122.
- Evers, Tilman. "Identidade: a face oculta dos novos movimentos sociais". *Novos Estudos* 2 (4) 1984: 11-23.
- Faletto, Enzo. "El problema de la dependencia y lo nacional popular" en F. Calderón (comp.). *La política y el Estado*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Nacional, 1979.
- García, Antonio. "Los sindicatos en el esquema de la revolución nacional: el sindicalismo en la experiencia boliviana de nacionalización y desarrollo". *Trimestre Económico* 33 (132) 1966: 597-692.
- Gaudio, Ricardo y J. Pilone. "Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en Argentina". *Estudios Sociales*, 5. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), 1976.
- Germani, Gino. "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos". *Desarrollo Económico* 13 (51) 1973: 435-488.
- Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- Graciarena, Jorge y Rolando Franco. "Social formation and power structures in Latin America". *Current sociology* 26 (1): 1-259, 1978.
- Humphrey, John. "The Brazilian state, the working class and the economic miracle". *Bulletin, Society for Latin American studies*, 24, 1976.
- Humphrey, John. "As raízes e os desafios do 'novo' sindicalismo da indústria automobilística". *Estudos CEBRAP* 26: 5-39, 1980.
- IISUNAM. *Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo XXI, 1973.
- Jelin, Elizabeth. *La protesta obrera*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- Jelin, Elizabeth. *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), 1984.
- Jelin, Elizabeth. "Spontaneous and planned actions in conflict situations: the state and the labour movement in Latin America", en U. Himmelstrand (ed.). *Spontaneity and planning in social development*. Beverly Hills and London: Sage, 1981: 87-109.
- Jelin, Elizabeth (ed.). *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales de América Latina*. Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), 1987.
- Jelin, Elizabeth (ed.). *Democracia y movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1987.
- Jelin, Elizabeth (ed.). *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. 2 volúmenes.

Kaztman, Rubén y José L. Reyna (eds.). *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*. México: El Colegio de México, 1979.

Laclau, Ernesto. *Politics and Ideology in Marxist Theory. Capitalism, Fascism, Populism*. London: NLB, 1977.

Lechner, Norbert. "Qué significa hacer política", en N. Lechner (ed.). *¿Qué significa hacer política?* Lima: DESCO, 1982.

Lewis, Oscar. *Los hijos de Sánchez*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.

León, S. "El comité nacional de defensa proletaria". *Revista Mexicana de Sociología* XL (2) 1978: 729-762.

Little, Walter. "La organización obrera y el Estado peronista 1943-1955". *Desarrollo Económico* 19 (75) 1979: 331-376.

Malloy, James M. *Bolivia, the uncompleted revolution*. Pittsburg: Pittsburg University Press, 1968.

Marvan, I. "El Frente Popular en México durante el cardenismo". Trabajo presentado en la reunión del Grupo de Trabajo Movimientos Laborales de CLACSO, México, noviembre de 1977.

Medina, L. "Origen y circunstancia de la idea de unidad nacional", en Centro de Estudios Internacionales (ed.). *Lecturas de política mexicana*. México: El Colegio de México, 1977.

Medina Echeavarría, José. "El problema social en el desarrollo económico de Bolivia", en *Aspectos sociales del desarrollo económico*. Serie conmemorativa del XXV aniversario de la CEPAL. Santiago de Chile: CEPAL, 1973.

Moises, J.A. *Greve de massa e crise política. Estudo da greve dos 300 mil em São Paulo, 1953-54*. São Paulo: Editora Polis, 1978.

Murmis, Miguel y Juan C. Portantiero. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, I. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

Oliveira, Francisco de. "A economia brasileira: critica e razao dualista". *Estudos CEBRAP* 2 (1972): 3-82.

Ortega Aguirre, M. "Estado y movimiento obrero: 1940-1959", en *Coloquio Regional de Historia Obrera, 1. Ciudad de Jalapa. Veracruz, 1977. Memoria*. México: Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1977.

Pellicer de Brody, O. y José L. Reyna. "El afianzamiento de la estabilidad política", en *Historia de la revolución mexicana*. Vol. 8: *Periodo 1952-1960*. T. 22. México: El Colegio de México, 1978.

Quijano, Aníbal. "Los movimientos campesinos contemporáneos en Latinoamérica", en *Problemas agrarios y movimientos campesinos*. Lima: Mosca Azul, 1979.

Reyna, José y M. Miquet. "Introducción a la historia de las organizaciones obreras en México: 1912-1966", en J.L. Reyna et al. *Tres estudios sobre el movimiento obrero en México*. México: El Colegio de México, 1979.

Rivera, Silvia. *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua 1900-1980*. La Paz: Instituto de Historia Social Boliviana (HISBOL), Confederación Sindical Unica de Trabajadores Campesinos de Bolivia, 1984.

Rowland, R. "Clase operaria e estado de compromiso". *Estudos CEBRAP* 8, 1974: 5-40.

Sanchez de León, Abelardo. "Todas las sangres del Perú". *David y Goliath* (XV) 47, 1985: 16-22.

Senen González, S. *El sindicalismo después de Perón*. Buenos Aires: Galerna, 1971.

Spalding, H.A., Jr. *Organized Labor in Latin America: Historical Case Studies of Urban Workers in Dependent Societies*. New York: Harper, 1977.

Stinchcombe, A. L. "Social structure and organizations", en J.G.M. March (ed.), *Handbook of Organizations*. Chicago: Rand McNally, 1965: 142-193.

Touraine, Alain. *Actores sociales y pautas de acción colectiva en América Latina*. Santiago de Chile: PREALD, 1984.

Touraine, Alain. *Les sociétés dépendantes*. Paris: J. Ducrot, 1976.

Touraine, Alain. *Vida y muerte del Chile popular*. México: Siglo XXI, 1974.

Valderrama, M.; J. Chiellen; N. Lynch y C. Malpica. *El APRA: un camino de esperanza y frustraciones*. Lima: El Gallo de Oro, 1980.

Vianna, L.W. *Liberalismo e sindicato no Brasil*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1976.

Warman, Arturo. *Ensayos sobre el campesinado en México*. México: Nueva Imagen, 1980.

Warman, Arturo. ... *Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*. México: Ediciones de la Casa Chata, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, 1976.

Warman, Arturo. Entrevista, *David y Goliath* (XVI) 50: 2-13, 1986.

Weffort, Francisco. "Clases sociales y desarrollo social. Contribución al estudio del populismo", en Weffort y Aníbal Quijano. *Populismo, marginalización y dependencia*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1973.

Weffort, Francisco. "Orígenes do sindicalismo populista no Brasil: a conjuntura do pós-guerra". *Estudos CEBRAP* 4, 1973.

Weffort, Francisco. *O populismo na política brasileira*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1978.

